

en unos concretos moldes compositivos derivados de la literatura de magia precedente. A pesar de ello, el texto de Quevedo se muestra incapaz de perder plenamente su particular astro creativo y su originalidad poética, al aportar soluciones y fórmulas innovadoras que traspasan las imposiciones genéricas, en consonancia con las concepciones constructivas de la *imitatio*. No se ha de olvidar, asimismo, la gran aportación que Pérez-Abadín realiza con la fijación definitiva del texto, así como con las traducciones de las composiciones neolatinas, que contribuyen tanto a su más factible asimilación por parte de la comunidad investigadora, como a su mayor esclarecimiento genético y literario.

Juan Manuel NOGUEROL GÓMEZ  
Universidade de Santiago de Compostela

**Quevedo, F. de, *El Buscón. Edición crítica de las cuatro versiones*, ed. A. Rey, Madrid, Anejos de la Revista de Filología Española, 2007, LXII + 441 pp. (ISBN: 978-84-00-08588-9)**

La transmisión de la obra de Francisco de Quevedo es, sin duda alguna, de las más ricas y complejas de la literatura occidental. La complejidad quevediana viene dada no sólo por la abundancia de manuscritos de algunos de sus textos (*Grandes anales de quince días*, *La Perinola*), sino por el hecho de que el escritor se dedicó a revisar algunas de ellas y a introducir cambios que, en algunos momentos, suponen la redacción de una nueva versión: en el caso de los ya citados *Grandes anales* tenemos tres redacciones que reflejan la evolución de opinión que Quevedo tenía sobre el conde-duque de Olivares. Además, tenemos que añadir la difícil relación que mantenía con los libreros, que en algunas ocasiones llegaron a publicar obras suyas sin su permiso. Todos estos factores, y algunos otros, contribuyen a que la transmisión de las obras quevedianas presente singulares problemas a todos los que nos dedicamos a la edición de sus textos.

Dentro de esta complejidad textual merece un lugar sobresaliente su única novela: *El Buscón*. Parafraseando el título de un trabajo de Dámaso Alonso sobre *El libro de buen amor*, podríamos decir que nos encontramos ante una obra «toda problemas». Desde la edición que publicó en 1852 don Aureliano Fernández-Guerra hasta este mismo año la novela ha despertado las polémicas más variadas: intención del autor, fecha de redacción, estructura, género al que pertenece. Pero a todas ellas antecede la cuestión fundamental: la fijación del texto. Esta debe ser y ha sido la gran preocupación de todos los que hemos editado la novela, porque si hemos de entender a Quevedo, hemos de leer lo que Quevedo escribió o, por lo menos, acercarnos lo más posible a ese texto original; esa es, al fin y al cabo, la labor de la ecdótica y esa es la única forma en que podemos escribir con acierto acerca del escritor y su pen-

*La Perinola*, 15, 2011 (349-384)

samiento; todo lo demás son elucubraciones personales sin ninguna o escasa conexión con nuestro escritor.

Alfonso Rey es, sin duda alguna, uno de los mejores conocedores de la novela quevediana; a esta le ha dedicado esclarecedores artículos, muchos de ellos tratan de los problemas textuales, e incluso ha editado un libro en el que destacados especialistas analizan los puntos más importantes de la obra<sup>1</sup>. Pero también se ha propuesto la tarea de editar todos los testimonios de la novela: en 2005 salió a la luz su edición crítica y facsímil del manuscrito S de la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander, y el año 2010 acaba de publicarse su edición crítica y facsímil de la edición *princeps* de 1626. Esta edición que reseño viene a culminar, pues, una labor de casi 10 años de dedicación al *Buscón*. Y digo culminación no sólo por su cronología, sino también porque en el presente libro se editan críticamente los cuatro primeros testimonios de la novela: los manuscritos S, C y B, y la ya mencionada edición *princeps*, Z, publicada por Roberto Duport en 1626.

La edición viene precedida de una amplia introducción (páginas XI-LXII) en la que se analiza con gran detenimiento la historia editorial de la obra desde el año 1852, fecha en la que salió a la luz la edición de don Aureliano Fernández-Guerra en la edición de las obras en prosa de Quevedo que apareció en la meritoria colección de la Biblioteca de Autores Españoles, citada más a menudo con sus siglas BAE. La panorámica editorial se cierra en 2001 con lo que Alfonso Rey abarca 150 años de ediciones de la novela. La introducción lleva por título «El problema textual del *Buscón*» y supone un minucioso estudio de la trayectoria editorial de la novela, así como un análisis detallado y crítico de los cuatro testimonios que se conservan del siglo XVII.

Las primeras páginas dedicadas a esta obra, relato «uno y vario» (p. XI), exponen las que van a ser las ideas fundamentales de su teoría: la existencia de cuatro versiones distintas, todas ellas de autoría quevediana; las causas que llevaron a Quevedo a retocar tantas veces su texto, incluida la autocensura; y la imposibilidad de datar con certeza los testimonios conservados, excepto, por supuesto, la edición zaragozana de 1626. La principal teoría de Rey sobre la cuestión ecdótica del *Buscón* se resume en la siguiente afirmación, más bien declaración de principios: «no existe ni un *codex optimus* ni un texto ideal, sino un proceso redaccional complejo» (p. XI). A partir de aquí su introducción desmenuza la historia editorial de esta novela quevediana y detalla las bases en las que asienta su teoría acerca de las diferentes versiones.

Alfonso Rey comienza su estudio con un recorrido breve pero riguroso sobre las ediciones anteriores que aportaron algo nuevo en el panorama textual del *Buscón*; concretamente hace referencia a tres: la de Fernández-Guerra, que pareció en 1852; la de Américo Castro, de 1927, y, por último, la de Lázaro Carreter, cuya primera edición es de 1965.

1. *Estudios sobre el «Buscón»*, ed. A. Rey, Pamplona, Eunsa, 2003.

Las tres suponen hitos importantes en la historia de la novela y del conocimiento de la obra quevediana: Fernández-Guerra editó la *princeps*, aunque ya conoció B; Américo Castro editó el manuscrito S. Pero la más importante de las tres es, sin duda, la de Lázaro Carreter que fue el primero que editó íntegramente el manuscrito B, considerado hoy por los quevedistas como la versión que más se aproxima a la última voluntad quevediana. El ilustre académico llevó a cabo una edición siguiendo los criterios de Lachmann y fue el primero que se dio cuenta de la importancia del manuscrito Bueno, aunque lo consideró como la primera versión, por lo que las tres restantes representan la que debe considerarse como la definitiva. A propósito de esta versión, afirma Rey:

Los cuatro testimonios [...] son imperfectos y precisan ser enmendados, pero nunca en los mismos lugares [...] indicio de que cada versión se remonta por separado al autor (p. xxix).

Con esta frase resume Alfonso Rey su teoría sobre las problemas redaccionales de la novela. Para el quevedista gallego Quevedo redactó cuatro veces la obra, cada una de ellas reflejada en cada uno de los cuatro testimonios que conservamos. El primer problema que zanja el editor es el del orden de las distintas redacciones; Rey propone que S representa la versión más antigua de las conservadas, le sigue C, a continuación sitúa a Z (la edición de Zaragoza de 1626) y, como última y definitiva versión considera la que copia B. En este último punto el editor acepta la teoría defendida por Cros, Arellano, Cabo y Roncero que consideraban B como el texto que debía ser editado.

Las páginas siguientes las dedica el editor a analizar detenidamente cada uno de los testimonios. Para ello sigue un orden cronológico, comenzando por el manuscrito S, representativo de la versión más temprana de la novela y en el cual «el copista se basó en un original sin errores, o con muy pocos errores» (p. xxxiii). Este manuscrito permaneció prácticamente inédito, ya que aunque Castro y Valbuena afirman haberlo seguido en sus respectivas ediciones, en realidad siguieron la versión que aparece en la *princeps* zaragozana.

A continuación revisa el manuscrito C, que fue propiedad de don Antonio Rodríguez-Moñino y que actualmente se conserva en la biblioteca de la Real Academia Española de la Lengua. Se trata de una «versión prácticamente inédita» (p. xxxiii), que se aproxima más a S que a Z o B. Tras cotejar detenidamente este manuscrito el editor llega a la conclusión de que el copista «se basó en un original esmerado, al que corrompió con su desaliño» (p. xxxiii).

En el orden cronológico establecido por Rey la siguiente redacción es la que refleja la edición de Zaragoza. La primera conclusión a la que llega es que esta versión se halla más cerca de B que de S y C. El escritor corrigió lecturas de estas dos primeras versiones que pudieran «ser consideradas irreverentes o inadecuadas» (p. xxxv), algo natural puesto

que este texto tenía que recibir el visto bueno de la censura oficial para poder ser publicado. Durante muchos años se ha venido discutiendo si Quevedo autorizó esta impresión o, por el contrario, Duport se apropió del texto y lo imprimió sin el permiso ni conocimiento de Quevedo. Una parte importante de esta polémica se centraba en la autoría del prólogo que encabeza la edición y que los editores y estudiosos anteriores creían haber sido escrito por el propio Duport. Sin embargo, Alfonso Rey defiende la autoría quevediana, basándose en varios puntos: no lleva firma, por lo que debe ser del autor de la novela; no se corresponde con el estilo de Duport; la ironía, el estilo y el sentido cómico son auténticamente quevedianos (p. xxxix). De la misma manera también sería quevediano el poema de Luciano, «amigo» de Quevedo, por la alusión al *Caballero de la tenaza* (p. xli). La última razón que sostiene esta teoría es que Quevedo dejó que Roberto Duport imprimiera más obras suyas después de 1626.

La versión definitiva de la novela sería la que recoge el manuscrito Bueno, que actualmente se conserva en la Biblioteca Lázaro Galdiano de Madrid. Como ya he indicado antes es el texto que han editado los editores de la novela desde la aparición en los años 80 de la edición de Edmond Cros. Para Rey la versión de B está muy alejada de S y es la más cercana a Z, lo que explicaría su proximidad cronológica a esta última. En cuanto a la cronología de B, Rey sólo aventura que debe ser posterior al *Memorial* que Luis Pacheco de Narváez escribió contra las obras de Quevedo en 1629 o del *Tribunal de la justa venganza*, publicado como anónimo, aunque posiblemente del mismo Pacheco de Narváez, en Valencia en 1635<sup>2</sup>. Rey ve que en la versión de B se introducen más detalles en la descripción de los personajes (pp. xlii-xliii), también destaca la ausencia de alusiones «susceptibles de ser consideradas irreverentes» (p. xliii-liv). Estos últimos cambios, según el quevedista gallego, pudieron ser inducidos por las críticas recogidas en los dos panfletos mencionados anteriormente: *Memorial* y *Tribunal de la justa venganza*. De esta manera, veríamos como el mismo autor se autocensuró, algo que ya también había llevado a cabo en Z, para tratar de «evitar el malestar que podrían haber provocado algunas referencias a la religión o a la sociedad» (p. liv).

La existencia de las cuatro versiones representa la gran aportación de Alfonso Rey a la crítica quevediana y, más concretamente, a aquella que se ha centrado en el estudio del *Buscón*. Su intención ha sido la de presentar una edición crítica de la novela que, según él, no se había hecho todavía, puesto que para poder llevarla a cabo había que hacerla de cada unos de los cuatro testimonios:

2. Sobre esta autoría ver mi introducción a Luis Pacheco de Narváez, *Tribunal de la justa venganza*, ed. V. Roncero, Pamplona, Eunsa, 2008.

Cada una de las cuatro versiones requiere su específica operación crítica, reconstructiva, consecuencia inevitable de una transmisión imperfecta que exige enmiendas y explicaciones de lo sucedido (p. lv).

Por ello la última, y la más extensa, de las partes de este libro es la edición crítica, por orden cronológico de los cuatro testimonios analizados en la introducción. El estudioso quiere ofrecer «el *Buscón* en su diacronía, mostrando el orden en que lo fue modificando Quevedo» (p. lv) para que el estudioso de la novela pueda apreciarla «con toda su complejidad textual a la vista» (p. lvi). Ayudado por jóvenes colaboradores Rey ha hecho una cuidada y excelente edición de los cuatro textos: S con Ana García Fuentes (pp. 7-106); C con Santiago Díaz Lage (pp. 107-211); Z con Rosario López Sutilo, incluyendo la lista de variantes de Z2 (Zaragoza, 1626) y Z3 (Zaragoza, 1628) (pp. 213-344); B con Javier López Quintáns (pp. 345-441).

En conclusión, nos hallamos ante una magnífica y muy útil edición de los cuatro testimonios más importantes de la tradición textual del *Buscón* quevediano. Alfonso Rey expone su teoría de que Quevedo retocó su obra cuatro veces, introduciendo cambios que o mejoraban el texto de la versión anterior o evitaban alusiones que podían ocasionarle situaciones embarazosas con la Inquisición. Ciertamente, no sería esta la primera obra que el escritor madrileño hubiera retocado; ya hemos mencionado como, por ejemplo, *Grandes anales de quince días* fue retocado por haber variado su consideración sobre algún personaje importante de la corte de Felipe iv. Hasta ahora todos, o casi todos, los que hemos editado la novela quevediana hemos aceptado la existencia de dos versiones: la primera representada por S, C y Z; la segunda, y definitiva, por B. La teoría de Alfonso Rey introduce la novedad de considerar que cada uno de los cuatro testimonios representa una versión nueva, retocada por Quevedo. Estemos o no de acuerdo con sus conclusiones, no podemos negar que se trata de un trabajo serio y concienzudo que nos obliga a replantearnos algunas de las ideas sobre Quevedo y su actitud frente a sus obras, a sus prácticas de reescritura. Una de las grandes aportaciones de esta edición es que por primera vez se ha afrontado la edición crítica de los testimonios fundamentales en la transmisión del *Buscón*. A partir de este momento todos aquellos que nos dedicamos al estudio y edición de esta novela tenemos una edición fiable de todos y cada uno de ellos que podemos utilizar en nuestros estudios.

VICTORIANO RONCERO-LÓPEZ  
Stony Brook University